

VIERNES CUARTO DE CUARESMA

ORACIÓN INICIAL

Señor mío, Jesucristo,
creo firmemente que estás aquí
en estos pocos minutos de oración
que empiezo ahora quiero pedirte y agradecerte.

PEDIRTE la gracia de darme más cuenta
de que Tú vives, me escuchas y me amas;
tanto, que has querido morir libremente por mí en la Cruz
y renovar cada día en la Misa ese sacrificio.
Pedirte, Señor, la gracia de que durante esta Cuaresma me
convierta al amor.

Y AGRADECERTE con obras lo mucho que me amas:
¡Tuyo soy, para Ti nací, que quieres Señor de mí!

TEXTO PARA MEDITAR Y ACTUAR
(de José Pedro Manglano, sacerdote)

BIENVENIDO AL MOVIMIENTO COCA-COLA

Los primeros cristianos sorprendían a los que vivían con ellos en sus ciudades. Lo que más llamaba la atención era la pureza de sus costumbres. En el año ciento y pico, un cristiano anónimo escribe al pagano Diogneto: “Se casan como todos y engendran hijos, pero no se deshacen

de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero con el tenor de su vida las superan”.

El modo de vida de los cristianos tenía un impacto tremendo, que ayudó a transformar la sociedad. Y es que los cristianos siempre hemos amado la pureza que nos enseñó Jesús; como nos recuerda san Pablo, no es lícito darte a la lujuria, al propio placer, porque somos de Cristo (cfr. 1 Cor 6,12).

Decía un anuncio de Coca-Cola: “No importa cómo seas ni de dónde seas. Lo importante es que quieres moverte. Ahora eres tú el que decide lo que quiere, cuándo lo quiere y cómo lo quiere”. Bienvenido al primer lugar hecho para gente como tú. ¡Bienvenido al Movimiento Coca-Cola!

Una publicidad parecida podríamos hacer los cristianos. Todos notamos el tirón de la carne la llamada al placer, la tentación a lo impuro y egoísta, la curiosidad por la experiencia del vicio... “No importa cómo seas ni los hábitos que tengas ni las dificultades que te encuentres. Ahora eres tú el que decide lo que quiere, cuándo y cómo lo quiere. Los santos nos enseñan a querer, a luchar para no empequeñecer el corazón haciéndolo egoísta. ¿Por

qué? Porque “no sabe decir sí a los hermanos quien no sabe decir no a sí mismo”. Bienvenido al Movimiento de los cristianos, al Movimiento de los que quieren hacer un mundo en el que brille la pureza de costumbres. Da tu ejemplo... que resulta tan atractivo que arrastrará a otros. Así nos lo ha demostrado la historia en los primeros siglos.

San Pablo es un ejemplo. Escribe que nota que el cuerpo le tira para abajo con sus pasiones, que siente lo que llama el aguijón de la carne; tanto es así que llega a gritar: “¿Quién me libertará en este cuerpo de muerte?” (Rom 7,24). Pero se da cuenta de una gran verdad que Dios le transmite: “Te basta mi gracia”.

San Francisco de Asís “también nos enseña que debemos someter la carne – leemos en una biografía –. Al principio de su conversión, viéndose atacado de violentas tentaciones de impureza, solía revolcarse desnudo sobre la nieve. Cierta vez en que la tentación fue todavía más violenta que de ordinario, el santo se disciplinó furiosamente; como ello no bastase para alejarla, acabó por revolcarse sobre las zarzas y los abrojos”.

Y de san Bernardo dice su biografía: “Habiendo aprendido de su piadosa madre el cultivo de la virtud, nunca se dejó salpicar por el pecado, e incluso para vencer la tentación que empezaba a señorear en su cuerpo, llegó un día a echarse a un estanque helado”.

Fíjate en cómo nos anima san Pedro: “Sed sobrios, estad alerta, que vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar; resistidle firmes en la fe” (1 P 5,8-9).

Tú, ¿qué haces por defender la limpieza de tu corazón? ¿luchas cuando notas el aguijón de la carne, del orgullo, de la soberbia, de la pereza ...?

Así huyeron de las ocasiones los santos, y así cortaron las tentaciones. Señor, como ellos... también yo tengo tentaciones. Quiero decir “no” a mí mismo para poder decir “sí” a mis hermanos, para poder amarles generosamente. Madre mía, que sea fuerte para no ponerme en ocasión de pecado y para cortar desde el principio las tentaciones. Cuando las tenga, rezaré para que me ayudes a superarlas y así, Contigo, seré más fuerte. ¿Qué puede ayudarme a evitar ocasiones? ¿Qué hago, Señor, para defender la limpieza de mi corazón?

Coméntale a Dios con tus palabras algo de lo que has leído. Después termina con la oración final.

ORACIÓN FINAL

No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en la Cruz y escarnecido.

Muéveme ver tu cuerpo tan herido
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, de tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.